



Reunión (y otras historias que caminan hacia ella)

Jannes

Published: 2009

Categorie(s):

Tag(s): novela cuento relato misterio humor actual narrativa libro

Unas palabras MUY BREVES

Tras haber publicado algunas cosas en letra impresa este libro bajo pseudónimo es un experimento que se me ha ocurrido. Si te gusta, lo odias, te entretiene o simplemente te gustaría decir algo, escríbeme a:

jannes@europe.com

Cuando era más joven y las cartas existían me encantaba la sensación de abrir el buzón y verlo lleno, un email puede ser un buen sustituto de eso... ahora pasen y lean.

Capítulo 1

Saint Burger

No me quito de encima el olor a grasa. He perdido la cuenta de los años en la hamburguesería y tengo bajo la piel esta peste a animal muerto y refrito. Cuando llego a casa me ducho y restriego hasta que el pellejo enrojece y arde, pero siempre es igual, un aura de aceite me rodea, hiere mi olfato y me sigue como una densa nube.

Resoplo y estampo la esponja para quedarme con la cabeza pegada a la pared y el agua en cascada sobre mi cuello. Entré para ganar algo de dinero y me tiene cogido por los huevos. Entre esto y hacer el suicida con la moto de mensajero apenas pago el alquiler del nido de mugre. En mi cabeza mi padre repite que soy un inútil, que no puedo ganarme la vida.

Es el olor a grasa lo que repele en las entrevistas de trabajo papá, lo llevo tatuado.

Me resulta tan aburridas las horas allí que siempre me quedo embobado tras el mostrador y siempre tiene que venir algún idiota a despertarme de mala manera.

“Eh tú!” Me escupe un tipo grande y gordo que me arranca del ensueño, luego pide la doble chorreante con tres salsas y bacon.

Repito como un robot por el micro y le observo con ojos vacunos, como el bicho que se va a comer le hubiera mirado, si tiene suerte de que tengamos vaca y no echemos mano de lo que gerencia llama “carne multiuso”.

Mientras esperamos el manjar mi sudor se mezcla con la grasa del ambiente y resbala viscoso por mi rostro. No soy el único que se deshace al calor de animales muertos, al gigantón ante mí le brilla el rostro como si lo hubiera metido en la freidora, es la estampa por aquí: pieles aceitosas, papadas de gelatina y de postre granos con pus, montañas rojas de cimas nevadas salpicando las caras. Nuestras hamburguesas esculpen cuerpos flácidos en tiempo récord.

Miro al techo, cierro los ojos, estoy quemado. El otro día casi me empotro contra un imbécil sin intermitentes. Primero me acordé de toda su

familia, luego, por un segundo, no me pareció tan malo reventarme la cabeza y joderle la pintura del Bmw con los sesos. Victoria y descanso hubiera sido eso.

Mi querido cliente ya tiene lo suyo y estando Juanjo en cocina supongo que habrá escupido como mínimo en su comida. Eso cuando no trae sus “botecitos especiales del señor Juan José”, una mezcla blancuzca con “destellos iridiscentes marrones”, como dice él. El chaval está loco, habla siempre raro y más de dos veces se ha meado en los depósitos de refresco, pero no es mal tipo en el fondo, un día me fui de cervezas con él, se puso algo borracho y me contó que su viejo arrojó a su madre balcón abajo, con la cara ardiendo en llamas, la había rociado con gasolina de mechero, tras empujarla reía con el chisquero encendido en una mano y asomado al balcón. Él tenía diez años y a su padre lo soltaron en dos, buen comportamiento y todo eso. Unos días antes de soplar la mayoría de edad le metió tal paliza a su señor padre que ahora sólo babea en una silla de ruedas. Ser menor fue un chollo según él y aún lo visita de vez en cuando en una residencia que se cae a pedazos, más que nada para susurrarle lo cabrón que es y lo que se merece estar ahí sentado, haciéndoselo encima hasta que se pudra en el infierno.

Me cruzo de brazos, cambio de pie de apoyo y observo el local, no ha llegado la hora fuerte pero hoy ya está concurrido, El aceite se acumula y derrama por la comisura de los labios, trocitos de comida salen disparados de las bocas cuando la gente se ríe a carcajadas o se hablan a gritos, patatas se caen al suelo y de ahí directamente a la boca. Por un momento, en mi cabeza, este sitio de luces blancas que hacen brillar la grasa que todo lo cubre, se convierte en una pocilga donde todo el mundo se revuelca y tragan. Y lo hacen con ese sonido al masticar, ese ruido pastoso como de chapotear en pringue.

Cierro los ojos e intento pensar en algo bueno, la última vez que me reí o algo así, pero nunca fui muy espabilado y a mi cabeza le cuesta recordar. Me rindo porque no ver nada aumenta mi concentración en el olor y el sonido de bocas mascando.

Alguien me pone entonces una mano en el hombro, es Sebastián el encargado, más joven que yo, pero ahí está, mi jefe en dos días. Me dice que el gerente quiere hablar conmigo y lo dice con gesto serio como si en vez de una hamburguesería aquello fuera la Microsoft.

El gerente del lugar, con cara de póker como si decidiera sobre la paz mundial, empieza a hablarme en su despacho de descenso de rendimiento, falta de implicación con la filosofía de la marca, desgaste de los valores de la compañía. Pego tal bostezo a mitad (sin querer, lo juro) que se

calla y me mira como un padre severo que no tiene más remedio que castigar al hijo que se sale del redil. Me dice que estoy despedido y lo hace de forma grave y estudiada, que me pagan las vacaciones (¿qué vacaciones?) y que mañana es mi último día. Mi única reacción es rascarme la entrepierna.

Me voy a casa, me ducho y es inútil. Me vuelvo a duchar y es inútil, pego la nariz al brazo y ahí sigue emboscado el olor a grasa. Luego pienso, estoy tranquilo, trabajo de mierda siempre habrá, así que no preocupo y me acuesto pronto para estar fresco en mi último día, para afrontarlo con eficacia y conciencia de marca.

Dormir es un suspiro y aquí estoy, en mi última jornada con el delantal amarillo y rojo, con la gorra que tiene una especie de halo que nunca se queda en su sitio y la obligación de fingir una sonrisa. Hoy la dibujaré, porque hoy es un buen último día, y hoy me he traído el “Botecito especial del señor Ramón”, o sea yo.

Lejía, amoniaco, pintura y unas cuantas cosas más que había por casa, incluyendo desatascador químico para el baño. “Especial Grandes Obstrucciones”. Fue verlo y saber que eso era lo que estaba buscando.

Comienza la hora punta y el local a llenarse, la remesa de hamburguesas para afrontar la primera oleada ha sido cosa mía. He sido diligente y lo he preparado yo casi todo, es mi forma de decir gracias a la empresa y los clientes por todo este tiempo. Con un jeringa y mucho cuidado he puesto mi ingrediente especial en cada pedazo de carne rancia. Juanjo estaba en cocina conmigo, me ha visto, pero no ha dicho nada, no ha hecho sensación alguna y sólo ha vigilado como siempre para que no le pillaran cogiendo cucarachas y echándolas a la freidora. El chisporroteo que hacen le causa una risa floja que le dura más de un minuto.

La gente comienza a pedir en masa y por primera vez sonrío a niñatos y niñatas saturados de acné, padres de familia y habituales que van pidiendo su ración, yo se la proporciono hoy con toda la simpatía de la que soy capaz y con un “que disfruten de su comida en Saint Burger”.

Me cruzo de brazos tras servir la primera tanda y los oigo tragar, gruñir y chuparse los dedos como siempre. Es curioso, hoy no me chirría en la cabeza el sonido. Sólo espero, espero hasta que el gesto les cambie, se agarren el estómago que arde y se retuerzan por el suelo agonizando.

Pero pasan los minutos y de todo lo que podía pasar, no ocurre nada excepto que mi sonrisa se borra.

Siguen como animales devorando, hablando a gritos maleducados, risotadas, críos de instituto dándose collejas, es todo como siempre.

Me quedo con cara de tonto, la mandíbula abriéndose hasta tener la impresión de que toca el suelo.

No puede ser, me digo, todo está igual aunque he envenenado cada puñetera hamburguesa.

Juanjo se me acerca, me coge del brazo, se ríe al oído y me susurra que lo que he hecho no sirve de nada, que ya están acostumbrados, que lo que les damos todos los días entre el pan es peor que lo que he inyectado y que están vacunados. Sus estómagos se han adaptado a tanta basura que mis jeringas son inocentes como agua.

Le miro sin creerlo, y él sólo asiente indiferente, me dice que le crea, que lo sabe muy bien.

Porque ya lo intentó una vez.

Cierro los ojos, suspiro, miro el reloj y juraría que la manecilla que tan rápida iba hoy se ha saltado hacia atrás una hora.

“Me lo podías haber dicho tío”. Replico con fastidio mientras Juanjo se aleja medio riendo, empeñado en la tarea de encontrar otro bicho que rebozar en la freidora.

Capítulo 2

Voy a cantarle las 40

Aquella noche Julián me demostró, sin sombra de duda según él, que Dios existía. Dios o algo. Me lo había razonado ya cinco veces con cinco supuestas demostraciones distintas, pero supongo que yo no podía ocultar mi cara de incredulidad.

—Mira esto, volvió a la carga evangelizando, y me señalaba las hamburguesas en nuestro regazo que por la grasa comenzaban a hacer transparentes los papeles en los que descansaban.

—Sí, ¿qué? Es una hamburguesa, dije yo, y bastante asquerosa debo añadir. miro el nombre en el papel y me anoto mentalmente no volver a ese sitio Saint lo que sea.

Él me ignoró el comentario y comenzó su discurso. Todos, comenzó a razonar, absolutamente todos los alimentos que te matan saben cojonudamente y todo lo que se supone que es sano sabe a auténtica porquería. Todo lo que te conviene es una verdadera basura y todo lo que te mata una tentación. Siempre es así, no hay excepción.

No dijo porquería ni tampoco basura, pero no quiero ser malhablado. Yo intenté replicar que no siempre todo, pero no hizo ni caso, me levantó el dedo para que callara y cerró los ojos con el gesto hacia el frente. Todos, siempre, concluyó. Y eso según él era señal inequívoca de que algo tenía que haber. Yo sacudí un poco la cabeza y enrollé en el papel lo que quedaba de mi comida, de repente pensando que podía ser una especie de ofrenda divina o algo así, aunque también pensaba que por alguna razón sabía peor que nunca y me estaba dando ardores.

Julián lo suyo.

—Mira yo soy economista, sé de estadística estadística y el azar, que es la regla con la que jugamos, sólo te fastidia aproximadamente el cincuenta por ciento de las veces, concluyó todo serio. —No dijo fastidia, pero insisto en no ser desconsiderado— El cincuenta por ciento, no hay nada de cincuenta por ciento en lo que te digo. Alguien hay en algún lado que se salta las reglas como quiere, ¿por qué? Porque él las inventó y en lo

que le da la gana no hay azar ni cincuenta por ciento. Por cosas como esas sabes que hay un Dios.

Entonces se me ocurrió decir algo como que hacer tentador lo que te mata no parecía muy digno de una divinidad bondadosa y enseguida saltó con lo de que es un error asumir que porque hay alguien superior que domina todo tenga que ser bueno. Que un crío se divierte pisoteando hormigas porque es superior y que las hormigas no piensan que el nene sea un amor sólo por ser todopoderoso comparado con ellas. Las hormigas simplemente no piensan repliqué aburrido de todo aquello y como él tenía que tener la última palabra me contestó que eso era lo que yo creía. Luego realizó un discurso de que el poder corrompía y que si Dios tenía poder absoluto entonces tenía que estar absolutamente corrompido. Piénsalo, sentenció.

Al final nos quedamos en silencio un rato, él muy seguro de sí mismo y acabando de zamparse su hamburguesa con grandes bocados, yo barruntando sobre lo que había dicho y sobre sus otros intentos anteriores de demostrarme que algo más hay que no vemos, que él lo llamaba Dios y todo eso, pero yo podía decir que era una energía u otra chorrada similar si es que encajaba más conmigo.

Yo es que simplemente creo que no hay nada, lo dije al principio y cometí el error de volverlo a decir.

—¿Nada? ¿Cómo no puede haber nada? ¿Entonces? Se puso alterado gesticulando con lo que le quedaba de hamburguesa.

—Es el azar, me da igual lo que digas, todo esto es sólo una casualidad entre millones, tarde o temprano tiene que ocurrir esa casualidad y nos ha tocado vivirla.

—El azar... y me lo repitió con ese tono lento y burlón, ese tono de eres idiota y no te enteras. Luego volvió a decirlo, el azar, y chasqueó la lengua antes de terminar lo que le quedaba de comida y preguntar donde había dejado la mía.

—¿Has visto a la tía esa de la tele? Sí hombre, la rubia del programa ese de anormales que mandan vídeos guarros, para vengarse de amigos o novias.

—Oh sí, ¿cómo no? —Silbé un poco recordándola— madre mía como está.

—¿Y tú crees que eso lo ha fabricado el azar? Si del azar dependiera haber creado algo, como mucho habría sido alguna especie de moco viscoso que apenas respira. Una tía así no sale del azar.

Alcé una ceja y de repente de todo lo dicho esa noche esa me pareció realmente una buena demostración.

—Lo que también es una prueba de Dios es que esa niña jamás va a acabar con alguien como tú o como yo. Que se meterá en la cama de un viejo forrado o acabará con alguno que la chuleará y la echará a perder.

Yo iba a decir algo pero él me cortó con un tajante "Eso es así. Dios existe, te pone lo bueno en la estantería más alta y cuando te dejas los cuernos para llegar resulta que hay un cepo que no ves".

—Así que tu conclusión es que las cosas son tan puñeteras (no dije puñeteras pero no voy a repetirme más con el tema de que no quiero ser desagradable) que no pueden ser fruto de la casualidad.

Julián asintió y empezó a tocarse la sien con el dedo índice antes de hablarme mientras me miraba fijamente.

—Hay alguien detrás de este decorado que piensa, que mueve hilos y lo hace de una manera muy macabra (no dijo macabra pero... bueno da igual).

—Nunca imaginé que ese era tu motivo para estar aquí, comenté tras unos momentos de silencio donde él terminaba con mi comida.

—Yo no pensaba que el tuyo fuera que estabas cansado y no veías sentido alguno.

—¿Por qué no? Tiene toda la lógica.

—No dudo de que tiene lógica pero... —se encogió de hombros, se atrancó un poco, creo que intentaba buscar palabras que no hirieran mucho— es tan típico, casi diría que es tan mediocre.

Y tras soltarme eso me miró con condescendencia y reconozco que aquello me jodió y así se lo dije. (Sí, así se lo dije, resulta obvio que ya me he cansado de buscar sinónimos suaves).

—Oye mira, comenté al final, yo no creo que esto haya sido una buena idea después de todo.

—¿Te rajás?

Hubo un silencio incómodo, uno de esos durante el cual el paso del segundero parece un martillo golpeando.

—Si lo quieres decir así vale, me rajo, pero no sé, esto no era lo que esperaba.

Ahora él parecía el indignado.

—¿Y se puede saber qué esperabas?

Yo no contesté, sólo me levante y en aquella terraza quince pisos por encima de la ciudad el viento soplaba bien y bien frío, me encogí un poco para protegerme y musité algo para irme de allí.

—Oye ha sido un placer conocerte, pero yo me voy.

—Te has rajado tío —Él también se levantó para decirme eso— Pensaba que eras de los que tenía huevos (no voy a aclarar nada más sobre el tema palabrotas).

—Tío simplemente no es lo que esperaba, ya está, me imaginaba otra cosa, o me he confundido y lo siento si te sabe mal. Lo siento de verdad. Me he confundido.

Yo iba reculando hacia la puertecita por la que habíamos accedido a la azotea y a cada pequeño paso mascullaba otra pequeña excusa. Él sólo me miraba erguido, con ojos de decepción.

—Eh, oye —Me detuvo Julián con voz de mando, cuando yo ya estaba abriendo la puerta de las escaleras— Me volví un poco con temor y él simplemente me preguntó "¿Quieres que le diga algo cuando lo vea?" Por un segundo no sabía a qué se refería, luego caí en la cuenta y en ese mismo instante Julián lo aclaró. "A Dios me refiero".

—No sé, dile hola de mi parte si eso —Y aquella me pareció, con una diferencia abismal, la cosa más increíblemente estúpida que he dicho en mi vida.

Julián me dio la espalda y se giró hacia las luces de la ciudad, gritó que cuando él lo viera le iba a cantar las cuarenta, que le debía unas cuantas explicaciones, que vaya si se las debía, a él y a todos. Que iba a decirle cuatro cositas a la cara a quien hubiera.

Yo me metí ligero y comencé a bajar escalones, eso me ahorró ver cómo corría hacia el borde de la terraza, como saltaba sin dudar quince plantas y como aleteaba los brazos mientras maldecía y juraba y sonreía todo a la vez.

Conocí a Julián a través de un foro de Internet, siempre me dijeron que no eran muy recomendables y supongo que los de gente con tendencias suicidas puntúan entre lo más evitable. Lo peor de todo es que yo era, o soy, guardia civil. Informático experto que se encargaba de vigilar esa clase de foros, que casi siempre estaban llenos con poesía mala y mucho quejica que no saben lo que es trabajar y sólo llora para llamar la atención. Yo estaba allí para que no pasara a algo serio, sobre todo era evitar cualquier atisbo de que alguien cumpliera amenazas o se le ocurriera la genial de idea de "vamos a quedar para hacerlo todos juntos y veréis lo que nos reímos". La mayoría de veces sólo era pasar horas bostezando y haciendo clic para leer la siguiente chorrada de un adolescente que no soporta que le digan que no.

Julián se apodaba Vengador68 y parecía de los serios, por eso entré en contacto con él, para vigilarlo de cerca. Ya ves, me pareció un iluminado majareta, pero cuando Lidia me dejó, cuando Lucía también me dejó al

mismo tiempo, y, sobre todo, cuando dos días después Andrés se empujó borracho contra un árbol... De repente aquellos mensajes no parecían tan ridículos ni Vengador68 tan sonado. Así que empecé a pasarme las horas muertas absorbido allí (sin comer, ni dormir. Arrastrado y con ojeras) hasta que mi sargento me dijo que o tomaba la baja por depresión o me tiraban, supongo que alguien se quejaría de cuáles eran mis nuevos y constantes temas de conversación con todo el mundo o lo que dejaba insinuar entre las frases lapidarias de mi nuevo yo.

Vengador68 fue el paso lógico tras dos días tirado en mi casa que se me venía encima, pero quién me iba a decir a mí que en el fondo esa noche me quitó las ganas y quién me iba a decir a mí que iba a ser tan tonto como para no ver que nada más bajar me iba a topar de bruces con Julián reventado contra la acera.

A ver, apártense, guardia civil, por favor apartense y, por Dios, ¿alguien ha llamado a la policía o a urgencias? Usted, no haga fotos, no grabe.

Capítulo 3

Un trabajo cualquiera

Francisco Beltrán fue sacado discretamente de un avión el 12 de marzo de 2006 antes de que despegara, Sandra Sánchez el 20 de junio de ese mismo año, en fechas posteriores al menos 12 personas más: Miguel, Susana, Mario, un tal Pedro Antonio... En la sede de la compañía aérea se les prometió una codiciosa suma de dinero y se fueron a su casa firmando con una sonrisa que nunca revelarían que no se les dejó volar.

Yo fui quien le dijo a la compañía aérea que no se lo permitiera, ese es mi trabajo.

Un trabajo como otro cualquiera, con el que pago las facturas, me permito caprichos y vivo mi vida.

No me quejo, pagan bien y mi tarea es sencilla y poco pesada, consiste en subir un momento al avión una vez embarcado todo el mundo y darme un paseo recorriendo los asientos, como un encargado más, simulando que reviso si tienen el cinturón bien puesto o preguntando casualmente si están cómodos. Luego vuelvo a las oficinas de la compañía y espero hasta el siguiente vuelo.

En el caso de Francisco, Miguel o Sandra, antes de bajar del avión les digo a los encargados de vuelo, los de verdad, que esas personas no deben viajar y ellos disimuladamente le piden que les acompañe un segundo, las bajan del avión discretamente y las “convencen” de que no vuele. La molestia y el silencio absoluto se les compensa generosamente y se ata todo con un contrato draconiano firmado bajo un montón de ojos de abogados.

Ahora vuelan tantas compañías y lo hacen tan barato que mi trabajo ha nacido a la sombra de la competencia salvaje y los costes cercanos a cero.

Mi trabajo, un trabajo cualquiera, es ver quienes son los que están “marcados”.

Lo que traducido para que se entienda es que yo me encargo de ver quienes pueden atraer un accidente aéreo.

Ya ven, de pequeño casi me ahogué, fue terrible, primero me debatía en el agua como un animal salvaje y luego vino la oscuridad, el dejar de luchar y el verme arrastrado hacia el "otro lado"... pero una mano me sujetó de pronto y me alzó sacándome del agua en el último instante, me reanimaron en la orilla y volví; volví a abrir los ojos, a sentir la luz del día y a vivir de nuevo, pero creo que una parte de mí siguió pisando como en un sueño las otras tierras, o a lo mejor es que sigue asomada por alguna pequeña ventana y ahora soy capaz de ver quienes están a punto de recorrer el sendero que yo mismo caminé en el río aquella mañana de verano.

Mi empresa no puede arriesgarse, la muerte es caprichosa. Marca a algunos de una manera especial y a veces, para llevárselos, la segadora no duda en cortar sus hilos y los de los pobres diablos que han coincidido en ese momento y lugar. Es lo que pasa, que hay gente que no puede morir de manera normal, que lo hagan es su desgracia y la desgracia de los que le rodeen en ese momento.

Cuando llego al avión hago mi ritual, pongo rostro sereno, respiro cinco veces hondo y me pongo los auriculares para escuchar "Gloomy Sunday". Todo el doble de despacio. En realidad es puro teatro, de hecho cuanto más lo hago más chorrada me parece porque ni la canción, ni respirar, ni poner cara de tonto medio dormido hacen nada, pero es una cuestión de estilo y el estilo lo es todo.

Bueno vale, impresiona a las azafatas que se quedan impresionadas mirando con esos ojazos maquillados bien abiertos, susurran entre ellas sobre mi tarea y de vez en cuando alguna cae.

Mi objetivo concreto mientras paseo entre el pasaje es mirar si alguien lleva la marca.

Unas veces es tenue, otras brilla poderosa con la inminencia de que quedan apenas minutos u horas. Cuando es así no puedo permitir que esa persona vuele y quizá la muerte se cobre esa presa y unas cuantas más. Somos marionetas, pienso a veces y la muerte no sabe de compasión, de si eres bueno o si te están esperando tus ilusionados hijos, sólo sabe de su tarea.

Yo también sé de la mía, pero no estoy seguro de si me gusta, a veces me consuelo pensando que salvo vidas. Sé que hay quien dice que lo que hago es una farsa, que le saco el dinero a una empresa supersticiosa y crédula. Bien, ellos también lo pensaron cuando me ofrecí y obviamente estuve a prueba un tiempo.

Si estoy aquí y ahora a punto de escuchar una vez más la cancioncita dichosa, (que la tengo más que atravesada pero cuya leyenda tonta

impresiona a las chicas de uniforme) es que pasé esa prueba con creces. No tardaban mucho en morir las personas que yo hacía que se bajaran del avión, y cuando fallecían normalmente hacían el último viaje acompañadas, en algún accidente de coche o bien en un incendio u otras situaciones en las que no se marchaban solas, es lo que tiene ser uno de esos que portan esa clase de señal.

Me gustaría poder decir cómo es eso que veo por si van en el mismo autobús o se ponen bajo un andamio al lado de alguno de estos, pero me temo que es secreto profesional y que aunque les contara lo que veo no podría observarlo como yo lo hago. De todas formas no es una visión agradable, así que eso que se ahorran, créanme.

Mi empresa quedó tan contenta de mi eficiencia tras los primeros casos (no fallaba ni uno y esos “ni uno” no vivían más allá de quince días como mucho) que me ofreció un enorme sueldo y pudo reducir costes en revisiones y mantenimiento de aparatos. Cero accidentes y un premio a la calidad es su tarjeta de visita, aunque se gaste el mínimo en medidas de seguridad.

Por cierto, la compensación a estos viajeros tarda un mes en cobrarse, así que como se imaginarán nadie la ha recogido y yo me llevo un plus adicional cuando el cheque sin cobrar vuelve a las cuentas de mi empresa.

No me juzguen, ya les dije que mi trabajo es sólo un hijo de las leyes del mercado, esto es el mundo de la empresa y yo un trabajador, además, me estoy haciendo una pista de tenis en mi casa ¿cómo quieren que la pague? ¿Saben cuanto cuesta poner una superficie de esas? No, ni siquiera se lo imaginan.

Hoja en blanco

El parpadeo del cursor sobre la hoja en blanco de la pantalla pone nervioso, demanda con urgencia rellenar el vacío de la página y a la vez impide que las palabras fluyan. Estira mientras empuja, es cruel. Y también muy típico. Sí señor, muy típico eso de empezar a hablar de la hoja en blanco, especialmente cuando cualquier escritor mediocre no sabe cómo comenzar una obra.

A mí ya no me pasa. La hoja dejó de ser un desierto temible que atravesar hasta llegar a la siguiente, no me supone esfuerzo desbordar negro por la página y que con mis palabras la gente llene un poco el cubo vacío de sus vidas. De paso no me va mal el bolsillo haciéndolo, porque soy un escritor famoso y rico. Mañana de hecho voy a ver una posible nueva casa que un tipo ha puesto en venta a precio de ganga, ¿Saben qué? Tiene una pista de tenis, ¿no es alucinante?

Pero volviendo al tema. Acabo de recibir una llamada igual a las otras muchas que durante los últimos dos meses me dicen que quieren que gane un premio literario, que cierto agente está deseando trabajar conmigo y que, otra vez, no sé qué productor de cine quiere mi libro para hacer alguna basura que no se parezca en nada. Hoy en El Corte Inglés grandes anuncios de mis obras saturan la sección de “best-sellers”, su imponencia y cómo miran intimidando a los demás enanos escondidos de las estanterías es la medida de mi éxito.

Al fin.

No siempre ha sido así. Yo era uno más de esos muertos de hambre que empuñan la ilusión y su arte como una espada ante injusticias e incomprensión del tamaño de molinos de viento, la diferencia es que yo me he dado cuenta a tiempo de que la ilusión sólo alimenta al espíritu y no reparaba desconchones ni goteras de los pisos por donde iba dejándome caer, errando sin futuro. El aura bohemia y eso del escritor “maldito” no me proporcionaban aventuras, mujeres de rodillas ante mi genio, ni inspiración alguna para mis obras.

La miseria es sólo miseria sin romanticismo, barrios de cloaca, mucha hambre y tener inmensa envidia de las aburridas, cotidianas y previsibles vidas de los demás, con su coche enorme, su tele enorme y su hipoteca enorme.

Cuando envidias eso, sabes que has tocado fondo.

Así que un día vendí mi alma al diablo y él me cazó una musa y la encadenó cerquita para que me susurrara al oído el hechizo perfecto que invocar en mis páginas.

Como lo oyen. De todas las opciones posibles para resolver mi problema era obvio que no iba a elegir la más habitual y por supuesto ninguna mediocre.

El demonio vino a mí una oscura y lluviosa noche sin luna, de aceras mojadas en callejones lóbregos, caminando yo con prisa por el último de los barrios donde mi cuenta bancaria me había condenado. Menudo sumidero de miserias humanas, a ese paso mi siguiente parada iba a ser bajo un puente (al menos esta ciudad tiene unos cuantos). El caso es que con las solapas del abrigo subidas, barrera inútil contra el agua y las sombras de las esquinas, me apresuraba con los ojos clavados en el suelo donde repiqueteaba frenético el abundante chaparrón. Un gorgoteo extraño, un sonido de ahogo, me hizo desviar mi atención del suelo y elevar la vista hacia un callejón cavernoso a mi izquierda. Apenas había luz de una solitaria farola, vieja y podrida como todo el barrio, que no había sido apedreada todavía por algún extraño milagro. En su escaso resplandor y tras la borrosa cortina de lluvia distinguí dos bultos oscuros, dos personas, una en el suelo tirada y otra sobre ella que le hundía con ansia una navaja cuya pequeña hoja destellaba tenue, limpiada a medias por la lluvia en el rápido trayecto de cada acometida. El hombre del suelo emitía ese gorgoteo que había llamado mi atención cada vez que la cuchilla se clavaba. No gritaba, sólo parecía ahogarse, atragantarse con la sangre que le manaba y que diluía la lluvia en pequeños ríos oscuros que venían a encharcar mis pies. Me quedé mirando horrorizado, pero sin poder apartar los ojos tan abiertos que pensé que se caerían de tanto asomarse al borde. Así estuve hasta que el asesino levantó la cabeza de su tarea con saña y me miró. Tenía una barba descuidada por la que resbalaba el agua y el pelo muy largo, empapado y pegado al rostro como culebras negruzcas por entre las cuales emergían sus ojos enormes y clavados en los míos.

La locura bailaba un taconeo en esas pupilas, por algún lado oí la risa del diablo y entonces me extendió su regalo, aunque al principio yo no lo

vi porque salí corriendo aterrado, chapoteando cobarde y escuchando sólo el eco de mi carrera y mi jadeo por las estrechas calles siniestras.

No paré de correr hasta que llegué a mi recién estrenado hogar con el corazón saliendo por la boca. Subí los escalones de dos en dos y eché todos los cerrojos que siempre me acompañaban en cada mudanza. Apoyado de espaldas en la puerta intenté recuperar aire y alejar el infarto con rezos.

Alterado y excitado estaba poco después sentado ante la pantalla de mi viejo ordenador, con el cursor parpadeando sobre la hoja en blanco y mi cabello aún mojado, dejando caer alguna gota helada por mi cuello y mi espalda. Rompí el dique de ese cursor tembloroso y empecé a escribir.

Un frenético tecleo en medio de la noche derramó un torrente imparable de negro sobre blanco. Por primera vez mi imaginación tomaba forma en las palabras adecuadas. Todas ellas juntas se enlazaban como piezas de un reloj artesano y formaban un relato macabro y fascinante de lo que acababa de vivir. Aquellos ojos, aquel callejón apestoso y el asesinato barriobajero y sádico eran el centro y el punto culminante. Fui poniendo carne en el esqueleto, aderezo por aquí y por allá, aquel horror inspiraba una prosa que conseguía hilvanar como nunca antes había hecho. Acabé tarde de pulir mi obra, o muy temprano según se mira, apenas unas pocas hojas que conformaban una escena, parte real y parte inspirada.

Merecía continuación. No podía desperdiciar aquello en un breve cuento, los cuentos no venden me dijo un editor un día, debía hacer una novela, intuía que había empezado a caminar por el sendero correcto. Eran los primeros pasos de algo grande.

Pero necesitaba más.

Al principio dudaba, me sentaba ante el ordenador moviendo nervioso una pierna y mordiéndome las uñas. Intentaba dar continuación con lo que sólo surgía en mi imaginación, pero era mediocre.

Necesitaba más musa.

Así que me armé de valor, del viejo abrigo y de una pequeña libreta. Las calles que tanto aborrecía antes fueron la fuente de inspiración donde yo acudía a beber su agua negruzca cada noche a partir de aquella. Fui mudo testigo en la sombra de robos, palizas y violaciones. Protegido de ese mal por el mismo diablo que me lo mostraba para que yo fuera su escriba, cada noche recorría silencioso y oscuro los rincones miserables de la ciudad.

Toda esa feria del horror se reflejaba después en mis páginas a altas horas de la madrugada, con la compañía de mucha bebida, más tabaco y cosas a no admitir en público.

Compuse mi primera letanía de sombras en apenas tres semanas. Y no queda bien decirlo, pero apenas necesitaba corrección alguna. No crean que alguien como yo se recreaba en la sangre y la casquería, al contrario, si tengo que resumir una clave sería la sutil narración de los ojos de los personajes, de la parte del alma perversa y deforme que asoma por ellos, horrorizándose y riendo a la vez con lo que hacen. El diablo me descubrió mi capacidad para narrar las sombras con una virtud desconocida para mí. El río de maldad allí expuesto era hipnótico, me impedía parar de leer con la misma droga retorcida por la que no podía dejar de mirar cómo una noche le cortaron los dedos, uno a uno, a un drogadicto que me sonaba de verlo caminar como un muerto cerca de mi casa. O como aquella chica era violada salvajemente en las sombras de una esquina particularmente apestosa, con el rostro pegado al suelo, sangrante y deformado por los golpes que le habían propinado contra el propio asfalto para que cediera en su resistencia. El momento culminante fue cuando sus ojos inflamados, heridos como su boca desdentada y partida por los golpes, se despegaron del enorme charco negruzco de sangre en el que descansaba su rostro y me miraron con pena, hacia el escondite en el que me agazapaba tras una esquina tomando notas y con el rostro bien tapado por abrigo y gorro. Pedían auxilio silencioso y resignado porque sabían que era inútil. Aquello fue el punto culminante. Aquella mirada que sostuve fascinado de manera infantil iba a ser el colofón perfecto para mi novela. Todo lo que asomaba y destellaba en los ojos, los de aquella chica, los de aquel loco de la primera noche, los del resto de noches, los míos propios, eran la materia perfecta para mi obra. La musa que me cazó el diablo no inspiraba con su belleza las almas sensibles, es fea y desdentada, cuenta historias de vieja amargada y resentida y, sobre todo, era humana, muy humana. Sabía que el poder de su inspiración resonaría fuerte en la gente, sabía que mi obra tendría un hueco en cada persona y sería un éxito sin precedentes. Pura adicción a las emociones atrapadas.

Aquella chica dejó caer su rostro derrotado sobre el suelo mientras su violador seguía de rodillas tras ella, arremetiéndola desesperado y emitiendo gruñidos de cerdo a medio comer. Al final terminó y la abandonó inerte sobre el pavimento, desangrándose desmayada. Me acerqué con sigilo y la observé, cuidadosa y lentamente, dando vueltas escrutadoras alrededor, como temiendo despertarla de su inconsciencia. Tomaba notas de todo lo que veía y principalmente de todo lo que sentía y percibía

allí. Más allá del olor agrio de aquel rincón y del tipo que se había ido, mi mente se impregnó de lo que se escondía un poco más allá, del desgarrro y la violencia presentes como un eco que me erizaba el vello de los brazos y la nuca. Cuando todo estuvo dentro de mí corrí a volcarlo como un torrente en las últimas páginas, iba a llamar a urgencias y eso, pero con lo fugaz que son las cosas geniales tenía que escribir antes de que se me olvidara, así que allí dejé a aquella chica a su suerte, mientras una rata aventurera merodeaba olisqueando la sangre derramada.

Un día miré y ya no pude apartar la vista. Un día lo mostré a mis lectores y ellos tampoco pudieron, tan horrorizados como pegados a las páginas. Yo no soy un escritor de grandes recursos florales, ni siquiera originales historias, pero descubrí mi talento natural para narrar la maldad y hacerla vibrar en cada uno de los corazones que me leen. Si es un talento del que estar orgulloso no lo sé, pero riega mi cuenta del banco.

A día de hoy esa ópera prima ha vendido ya por un montón de miles y la acaban de reeditar a petición popular, así que miro con sonrisa satisfecha la cola de gente que espera unos metros más allá para que les firme un ejemplar. Pongo mi mejor cara y comenzamos el baile. Van pasando y me reconozco en cada uno de ellos, tienen el mismo rostro de mirón de esquina, agazapado en la oscuridad sin perder detalle de cómo sufren los demás. Les doy lo que ansían sentir aunque sea desde un sillón de lectura, veo las bocas y me imagino las comisuras resbalando baba en mis páginas. Sonrío amablemente, dedico cuatro palabras ingeniosas (las mismas a casi todos) devuelvo el libro firmado con un gesto ensañado una hora en el espejo de mi (ahora) enorme y pulcro baño.

En la fila está la anciana apacible vecina de todos, el hombre trajeado y respetable, el ama de casa y madre devota... De repente alzo la vista y la siguiente en la cola con mi libro entre las manos es una muchacha muy joven, con su belleza adolescente lacerada por una cicatriz que le cruza la cara y un ojo tuerto, que asoma enteramente blanco por detrás de un párpado deformado. Encojo el ceño, por un poco de asco y porque tú me sueñas, pienso. Resoplo, claro que me sueña y abro los ojos. Tú, tú eres la chica del callejón, grito por dentro mientras por fuera me atengo a mi cara de profesional. Noto a mi corazón como un caballo desbocado y me preparo porque veo que el libro va a salir hacia mi cara como una piedra y que esto se va a poner feo.

Entonces me alarga el ejemplar y e intenta sonreír a medias con una boca cicatrizada y torcida, dentro faltan bastantes dientes. No me reconoce con su único ojo sano, probablemente ni siquiera recuerde nada de aquella carnicería que le hicieron. El colofón de mi libro

quiere que se lo prologue y encima me dice que gracias, que se siente identificada y que espera que sirva para abrir los ojos de la gente sobre lo que sucede. O al menos eso entiendo porque la chica más que hablar sólo puede farfullar un poco. Más allá el diablo está apoyado hojeando casualmente un libro de Harry Potter, me mira, sonrío, diría incluso que me ha guiñado un ojo y luego sigue a lo suyo. Sacudo un poco la cabeza y le pregunto el nombre a mi chica.

Clara se llama.

“Para Clara, mi musa, con todo mi agradecimiento, eres especial.”

Capítulo 5

Alto, policía

Noche lluviosa, nubes cerradas de algodón sucio y negruzco, un coche de policía avanza rápido chapoteando y rompe el silencio con su sirena y luego con el chirrido del frenazo ante una casa en la urbanización de moda. Los vecinos observan tras las cortinas la escena borrosa por el chaparrón, todo parpadea al ritmo de las luces del vehículo que giran ahora en silencio.

Marco apaga el motor, se enfunda lentamente sus guantes negros y pregunta a su compañero con voz harta.

—¿Cómo se llama?

—Andrés, Andrés Martínez —Contesta su colega mientras bosteza a medias.

—Es que es la tercera llamada de este tipo, es una puñetera epidemia, te juro que como me toque las narices no respondo.

—Venga vamos, y tranquilo que no hace falta exaltarse.

Marco recoge el megáfono y ambos los capotes de lluvia y los cascos, todo negro como la noche y a juego con el uniforme. Salen al aguacero sin piedad y se quedan de pie ante el vehículo, observando la casa que parece en calma con las luces apagadas. Están a la entrada del jardín que rodea a esta igual que a todas las fincas de la zona. Marco pulsa el botón del megáfono y este zumba ligeramente mientras se lo lleva a la altura de la boca. Duda un segundo y se gira a su compañero, estatua negra y chorreante a su lado.

—¿Cómo me has dicho que se llamaba?

Su compañero se gira, a la tenue luz de las farolas de la calle y la danzarina sirena, Marco se ve reflejado de manera distorsionada, en la mojada visera del casco de su compañero.

—Martínez. Y sé cuidadoso, los vecinos dicen que gritaba como un loco y que habían escuchado golpes.

Marco se lleva de nuevo el megáfono a los labios, pulsa el botón, el altavoz se acopla un poco y luego truena con voz poderosa.

— Señor Martínez, le habla la policía! Tiene 60 segundos para salir con las manos en alto y sin oponer resistencia. Si se niega procederemos a entrar!

Su compañero tiene las manos cruzadas y permanece inmóvil, relajado incluso.

—No está mal, con bastante tacto para ser tú.

—Conozco a estos idiotas –replicó Marco fuera del megáfono—son unos cobardes que sólo se atreven a meterse con quien no se puede defender, además me tienen hartos, no hacemos más que atender a llamadas de este tipo, como se ponga borde te juro que entro y le reviento la cabeza a patadas, a ver si es tan valiente con algo de su tamaño.

Su compañero no hace reacción y sigue inmóvil bajo la lluvia que le repiquetea en el casco y se derrama en pequeños chorros por la visera y los pliegues del capote. Una cortina se mueve furtiva en el primer piso de la casa, Marco levanta una especie de prismáticos pequeños y observa la ventana donde parece estar el tipo que buscan. Por el aparato aparecen imágenes de colores borrosos, ajusta con un botón lo que ve y un sensor le permite observar a través de la pared la silueta cromada que dibuja el calor corporal del tal señor Martínez.

—Está en la ventana de arriba a la izquierda.

Marco pasa el aparato a su compañero que lo alza y observa.

—Sí lo veo, la tiene con él, a su lado, a la derecha, la está arrastrando hacia la ventana.

—Si la intenta tirar distráelo que entro y le hago tragar la bota.

—Tranquilo, actuemos con paciencia.

—¿Paciencia? Parece claro lo que va a hacer.

La ventana del piso superior se abre, por ella asoma un hombre cincuentón, en pijama y con el pelo revuelto.

— Váyanse ahora mismo de mi casa o les juro que la tiro por la ventana!

—Siempre igual, me tienen hasta los huevos –Marco se lleva de nuevo el megáfono y aprieta con rabia el botón. – Escúcheme bien, señor Martínez! Suéltela y baje o entro y le aseguro que no le va a gustar que lo saque yo. Tiene treinta segundos!

—Ni caso Marco. —Su compañero sigue escrutando por el visor— La está llevando a la ventana.

—Mierda si es que lo sabía. Intenta distraerle, voy a entrar –Marco arroja chapoteando el megáfono al césped y sale corriendo en dirección a la puerta, su compañero se agacha a recogerlo y le habla al hombre de la casa.

—Escúcheme bien señor Martínez, no haga nada de lo que se pueda arrepentir o se va a enfrentar a cargos muy graves.

La ventana estalla en pedazos respondiendo al policía y un oscuro bulto sale despedido al vacío, al mismo tiempo la puerta de la casa revienta de una patada de Marco que entra como un animal enfurecido. Una lluvia de cristales se cierne sobre el jardín acompañando a la de agua. El policía sólo cierra los ojos y se escucha un golpe seco contra el suelo, un crujido violento que trae malos presagios.

El compañero de Marco se echa la mano a la visera, niega con la cabeza y deja caer el megáfono mientras murmura un par de palabrotas.

Apenas unos segundos después gritos y maldiciones sin necesidad del altavoz se escuchan en el primer piso de la casa y el señor Martínez sale volando y arrastrando algo más de madera y cristal de la ventana, agita los brazos desesperado y profiere un grito acallado de golpe por el impacto contra el suelo. La oscura silueta de Marco se asoma apoyada en el alféizar. Masculla insultos y un “te lo dije gilipollas”, luego mira a su compañero y se levanta la visera.

—¿Qué haces ahí pasmado? ¿Quieres mirar como está ella carajo?

El compañero de Marco se aproxima a la víctima del señor Martínez y se agacha a su lado, la toca levemente, con miedo de hacer más daño, no parece haber reacción ninguna.

—¿Bueno qué? —pregunta Marco desde la ventana.

Su compañero le mira y sólo profiere un leve gesto de negación. Los vecinos comienzan a aventurarse en bata y paraguas hacia el lugar y se escucha el sonido de una ambulancia que se acerca.

Marco aparece en el jardín y se acerca a su compañero, no sin antes propinar por el camino una salvaje patada al señor Martínez, que aún se remueve por el suelo, empapado y quejicoso. Con los brazos en jarras mira lo que ha provocado el tipo que sigue doliéndose de manera apagada por detrás. Marco resopla y niega.

—La tercera televisión defenestrada de la noche. Esto es como la peste ¿cuántas llevamos esta semana, seis?

—Ocho —responde el compañero de Marco sin dejar de mirar la tele negra y destripada que derrama sus partes por el jardín mojado.

Marco se acerca al señor Martínez acurrucado, con la boca ensangrentada, un ojo morado y empapado en pijama.

—¿No sabe que es delito destruir su televisor? ¿Eh?

Marcos le propina un manotazo en la cabeza y repite la pregunta, el señor Martínez balbucea algo sobre piernas y brazos rotos, pero Marco

no hace ni caso y lo engancha del pelo acercándole el rostro para que le vea bien.

—¿No sabe que es delito grave no tener televisor, apagar el que se tiene o eliminarlo por cualquier medio? Maldito imbécil, la gente como tú me da asco —Marco le suelta la cabeza golpeándola contra el suelo, se incorpora y se acerca a su compañero mientras la ambulancia aparca y sus ocupantes saltan directos hacia el aparato herido mortalmente—¿No te parece increíble?

¿Quién puede hacer una cosa así? Qué asco de mundo.

—¿Qué llevas ahí? —Pregunta el compañero señalando una mano. Marco la levanta un poco.

—¿Esto? Es un libro que el tío tenía en la mesilla de noche.

Su compañero abre el casco y le mira extrañado, luego al libro que se está mojando a pesar de que Marco intenta protegerlo con su capa de lluvia.

—¿Y se puede saber qué haces con él?

—Tío, me caes bien, pero eres un soso increíble —Marco se encogió de hombros sin saber qué más decir— he oído en la televisión que este libro está bien y quería leerlo.

Capítulo 6

Tropiezo y caída

La historia de un bocazas y un secreto, el relato de lo imposible que resulta que ambas cosas se lleven bien mucho tiempo.

Mi móvil sonó y era ella.

No podía creer el nombre escrito en la pantalla mientras chillaba la sintonía de "Lift me Up". Ella era una diosa monumental, de esas que mueve el mundo, y a todos los hombres que se le acercan, con sus pestaños desde el pedestal. Trabajaba en uno de esos locales donde para entrar hay que dejar en la puerta un riñón y un ojo. Me dio su número por acoso y derribo, luego con mi encanto y mi don especial acabamos en su casa horas después. La magia se me agotó convenciéndola para irnos, porque convertí una promesa de sábanas, sudor y sexo en una velada de "sólo hablar abrazados" hasta el amanecer.

Gracias, lo sé, soy patético, desde aquí oigo los aplausos y veo los ojos en blanco. Gracias, gracias, me inclino con una reverencia.

Esa noche de tertulia ella me abrió las páginas de su vida y yo mantuve el tipo más o menos. Fue una de esas historias descarnadas de quien ha caminado por la vida a empujones de desilusión y palizas, la escupidera de todos me dijo. No negaba su responsabilidad ni ese inevitable don de verse atraída siempre por lo mejorcito de la raza humana.

Yo tenía un amigo que no creía que Dios existiera, por eso pensaba que cuando alguien parece tan divino como era ella se tiene que tratar de un fraude, un montón de basura barrida bajo una alfombra estupenda, esos tan perfectos, según él, eran todo un peligro, porque te atraen tanto al principio que cuando te quieres dar cuenta de que realmente son los que peor están por dentro, ya te encuentras hasta el cuello contagiándote de su negrura. No le faltaba razón muchas veces excepto en lo de existir Dios, por razones que no vienen al caso yo soy alguien de fe. Por cierto que tengo que llamarle alguna vez, lo último que sé es que se hizo guardia civil creo, pero me estoy yendo por las ramas.

El caso es que esa noche en que la conocí la acabé muy de día y me volví a casa con una mano delante y otra detrás, un número de móvil que nunca pensé que me llamaría realmente y cierta depresión contagiada por tanto llanto.

Sé lo que gran parte del público masculino que me observa piensa realmente, se han quedado parados hace un rato, dando vueltas a cómo pude conseguir que una mujer así le hiciera caso a alguien como yo. Los que no se lo pregunten todavía lo harían si me pudieran ver, soy del montón de los mediocres, si tuviera madre (es que sólo tengo padre pero esa es otra historia que no viene al caso) no creo ni siquiera que pudiera decir que soy el más guapo sin que se le escape la risa.

El truco, por desgracia para mí, está en ser un poco bocazas, en haberme ido un poco de la lengua para impresionarla con cosas que no debí haber dicho, no porque fueran mentira (que es lo que suele ocurrir en esos casos y el que esté libre de pecado que tire la primera piedra, que sé que estoy a salvo) sino por las consecuencias de mi incontinencia verbal

—Algún día nena —Le dije yo con voz lenta y mirada ladeada en aquel bar— Puede que te cuente qué hacía yo en Madrid en medio de una tormenta, a medianoche en un parque desierto, cuando todos mis amigos y mi familia pensaban que estaba a cientos de kilómetros de allí, en casita tomando una sopa porque ese fin de semana dije que estaba enfermo. Jamás lo imaginarías.

Y ella picó, porque de las cosas que mueven a los humanos la curiosidad y los secretos están entre lo más poderoso. Quien quiera que lo pruebe, que ponga tono de James Bond y maquille una buena historia con un poco de misterio, insinuando lo importante sin revelarlo del todo. Si funciona llámenme al móvil, estoy seguro de que voy a estar escuchando la cancioncita de Moby constantemente. El resultado de aquello fue que me estuvo preguntando juguetona por ese tema toda la noche, incluso me invitó a beber, por si el alcohol azuzaba más mi boca. Hasta que la cosa dio la vuelta, claro, y tanta bebida acabó por soltar su boca en vez de la mía y acabar narrándome su pasado negro que salió con ganas, muchas ganas.

Me voy por las ramas de nuevo, lo siento. Estábamos en el relato de aquella llamada, de mi expresión incrédula al verla y de mi sonrisa al descolgar, que se me congeló al poco tiempo.

Ella me saludó triste y con voz apagada y antes de poder preguntarle qué tal le iba la vida y decirle que qué alegría y todo eso, me dejó caer de sopetón que iba camino de un acantilado en la playa.

—¿La playa? Estamos en diciembre —bromeé— ¿tantas ganas tienes de darte un baño? —madre mía qué frase más original, cuando sólo te salen idioteces así sabes que estás con alguien que te gusta de verdad

—No. Me voy a arrojar por el acantilado de la Esperanza. —Estuvo sembrado el que bautizó aquel sitio— Quiero descansar de una vez. —Concluyó.

Y con ese hilillo de voz que ponía, como si de verdad estuviera agotada de todo, me dijo adiós.

Me permití sólo un segundo para sorprenderme porque al siguiente tuve que improvisar algo que poder hacer, estando a casi doscientos kilómetros de ella en ese momento y sabiendo que iba en serio, que de verdad quería descansar y nunca había encontrado la manera hasta que esa mala idea, que siempre le rondaba, la convenció por fin del todo.

—Sólo te he llamado porque no quería dejar de cumplir mi promesa de aquella noche— Me dijo como posdata.

Y yo puse cara de idiota porque si no me acuerdo de lo que comí ayer, de las promesas hechas hace tiempo ni te cuento. Ella hizo memoria por mí y me evitó quedar como un imbécil por tener que preguntar.

—¿Recuerdas que te dije que un día tendría bastante coraje para decirme? Tú me hiciste prometer que antes de hacerlo al menos te llamara. Eso hago, sólo cumplo mi promesa.

Pregunta tonta de las que me surgen en los momentos críticos ¿Por qué siempre mueren las neuronas importantes en una borrachera? ¿Por qué arden consumidas las que guardan recuerdos que hay que grabarse con sangre y no las otras? Esas que albergan la canción machacona de la noche, las alineaciones de fútbol o el recuerdo vergonzoso de vomitar a quien te acaban de presentar.

—Claro que me acuerdo —Mentí— y me alegro de que lo hayas cumplido

—¿Por qué te alegras? Voy a morir y tú estás muy lejos, he estado a punto de no llamarte para no dejarte este peso en la conciencia.

—Estoy lejos sí —Dije, porque tengo una ocupación francamente rara en la capital. —Pero no vas a morir— Mi voz fue firme, marcando cada palabra con autoridad.

—¿Por qué no? No me quedan razones ya.

Las olas se oían a lo lejos en la conversación, casi más que su voz hecha susurro, el rumor era amenazador de fondo y un fuerte viento se notaba interfiriendo a través del teléfono. Yo callé un momento, cerré los ojos y pensé, porque de la siguiente frase dependía todo y sabiendo como soy yo podía salir cualquier estupidez.

—No vas a morir —comencé con tono de hipnotizador que sabe lo que hace— porque aún tengo que contarte qué hacía yo una noche de tormenta, en un parque desierto de Madrid, sin que nadie lo supiera.

Ella calló un segundo

—¿Qué hacías?

—Eso es algo que no puedo contar por teléfono.

—Venga, dime qué hacías.

Por un momento, al otro lado del aparato me pareció oír a una chiquilla curiosa en vez de una mujer sin esperanza, y también me pareció que la había conseguido agarrar desde doscientos kilómetros, no pensaba soltarla sobre los riscos para que la devoraran.

—Eso sólo te lo puedo decir en persona y tendrás que prometerme que me esperarás, igual que cuando dijiste que me llamarías.

Ella calló y el sonido de fondo me pareció perverso, con el viento y las olas a lo lejos, estrellándose contra el acantilado y llamándola por su nombre.

—No voy a prometerte eso, si quieres me lo cuentas ahora y si no, me voy. Me da igual.— Su voz tembló hasta quebrarse y con el clic de colgar y el pitido intermitente de la conversación cortada también me quebré yo.

Entonces lo hice, porque no sólo soy un bocazas, sino también un irresponsable que actúa sin pensar.

Cerré la tapa de mi móvil con un chasquido y una mano. La otra la alcé para tocarla con ternura, ella estaba apenas a unos centímetros de mí, de espaldas mirando al mar, con el teléfono aún apoyado en su oído, con una rebeca hasta las rodillas que ondeaba por el viento igual que su largo cabello. Estaba ya sólo a unos pasos del borde, sobre un decorado de cielo gris y agua furiosa cuando aparecí.

Ella se sobresaltó al girarse y verme allí, sus ojos, oscuros y dolidos de llorar, se abrieron de par en par y dentro de ellos se encendió una luz, el móvil se le cayó de las manos y el trasto fue volando hacia las olas que estallaban cincuenta metros más abajo en infinidad de gotas de espuma blanca.

La abracé y ella se dejó cansada, acurrucándose en mí como una pobre niña muerta de frío y de miedo.

—No te preocupes, todo está bien. —Le dije. Por supuesto no lo estaba, esto iba a tener consecuencias— No podía dejar que te fueras sin saberlo, te lo debía.

Y le conté qué hacía yo una noche de tormenta, a cientos de kilómetros, en Madrid, cuando todos pensaban que estaba en mi casa... y cómo ese viaje fue también cuestión de un chasquido.

Capítulo 7

La tarde de hace un mes

No lo consigo.

Apago la música y las paredes dejan de vibrar. La habitación recupera la calma y por la ventana abierta el sol entra generoso, como un arroyo de luz que se desborda y derrama por el suelo de mi habitación. Es una bonita postal, pero en eso se queda porque una vez más no lo he conseguido.

Me apoyo en la ventana y dejo que me acaricie la luz de la tarde y la primavera tibia, mis ojos se entrecierran. Otra bonita postal, pero tampoco enmienda que una vez más he fracasado. Agacho la cabeza y sigo pensando si volveré a rozar “eso” alguna vez, si volveré a vivir lo mismo que aquella tarde de hace un mes.

Esa en la que llegué a casa, arrojé en la cama mi maletín del trabajo, encendí la cadena de música y la canción “All I want”, comenzó a sonar por casualidad. Sin darme cuenta estaba moviendo la cabeza, luego levantando algún brazo y al final inmerso en un baile caótico. Aflojé el nudo de la corbata y el agobio de otro día en la carrera de ratas se liberó también con el gesto.

Canturreando abrí la ventana y la luz entró destellando, cambiando el aspecto de toda la habitación y haciendo resplandecer el blanco de mi camisa como si irradiara magia. Cantaba desafinando y se me oía a mí más que a la voz rasgada de Skin que salía por los altavoces, me dejé llevar inmerso por la danza sin sentido, saltando al final por toda la habitación. Comencé a desabrocharme la camisa en una especie de estado de embriaguez donde mis recuerdos más preciados y agradables habían asaltado mi cabeza y se habían unido a la fiesta, como si hubieran echado abajo una puerta bajo llave y salieran en tromba de su cautiverio. Viejos amigos, unas Navidades especiales, mi familia y yo de niño jugando en el suelo de mi habitación, en la casa de mis padres, luego otras vivencias difusas, sensaciones más que recuerdos, que pasaban por mi imaginación en medio de aquella bulliciosa anarquía que había creado en mi

cabeza y mi habitación sin darme cuenta. Y entonces todo se fundió, la música, la luz y los recuerdos y yo desaparecí en medio de todo aquello como quien se lanza a un tumulto de gente en un concierto y se pierde en la marea.

Recobré la conciencia tras un tiempo difuso, con la música ya muda.

Lo primero que vi fue el techo de la habitación porque estaba tirado en suelo, agotado y casi desnudo, jadeando para recuperar el aliento y sonriendo con un gesto estúpido.

Por un momento, en medio de aquel caos sin sentido, había tocado una especie de cielo, un momento fugaz de felicidad total y completa, algo que nunca había vivido, algo que no cabe en una palabra ni en mil, así que no me voy a esforzar en descripciones porque ¿para qué? Si no van a hacer justicia. Era haber rozado con un dedo la esencia de la vida y sentir que por una vez todo estaba bien.

Al día siguiente volví del trabajo ansioso, dispuesto a repetir aquella caricia al cielo. Puse la misma canción, bailaban en mis labios las mismas notas desafinadas, abrí la ventana y el sol acudió, forcé mi memoria y los recuerdos aparecieron, salté por la habitación, bailé como un mono borracho, reproduje fielmente el día anterior, acabé tirado en el suelo y aparte de lesionarme un codo en la caída poco más conseguí. No pude sentir aquello otra vez, ni siquiera algo que se le pareciera.

Ya desde el primer segundo noté todo un poco forzado y tuve la sensación constante de estar en una pantomima vacía.

Pero no me rindo.

Ahora repito el ritual compulsivamente cada día, buscando de nuevo el atisbar aquello. Es una obsesión. Reproduzco de forma enfermiza cada instante de ese momento y cuando fracaso no hago más que dar vueltas febriles a lo que puede haber fallado.

Tomo notas, estudio y me estrujo la cabeza intentando recordar cada segundo de la tarde de hace un mes.

No pienso parar hasta que lo consiga de nuevo porque nada, absolutamente nada, se le parece. Es más, desde entonces todo menos aquella tarde parece cenizo y mediocre, cuando has pisado un poco el paraíso y vuelves a lo cotidiano puedes verlo con su verdadera luz, triste y patética, la vida diaria no es más que un montón de zombis torpes intentando no tropezar mucho. En serio, es como dejarte salir a la luz del día y luego tener que volver a la celda estrecha y húmeda, con una bombilla vieja colgando en vez de un sol radiante.

En mi trabajo me llamaron pronto la atención, desde aquella tarde estaba ausente la mayor parte del tiempo y mi rendimiento había bajado,

además reconozco que he descuidado mi imagen personal. Por todo eso dijeron que me daban la baja. “Depresión” es lo que hay garabateado en el papel del médico. Pero están ciegos, no es depresión, es búsqueda. No tienen ni idea de lo que importa realmente y yo sólo quiero volver a sentir ese momento, saborear unas migajas más a toda costa. Por las noches no paro de dar vueltas en la cama, por el día deambulo ensimismado pensando ansiosamente en la clave que se me escapa. Tengo algo así como cuatro cuadernos garabateados con análisis al minuto, recuerdos, ideas y las fracasadas experiencias posteriores, para no intentar repetir errores.

No tengo excesivo apoyo en mi cruzada, pero supongo que eso es habitual en todo el que ha intentado ir un poco más allá mientras el resto se conforma. Al principio lo comenté fervientemente entre mis conocidos y mis compañeros, intenté averiguar si alguno sabía de lo que hablaba, si alguien más había vivido algo parecido. Quise compartir y saber. La respuesta fueron caras raras y cuchicheos por la espalda.

Apenas como ya, siempre pensando y enfrascado en mi tarea. Mi casa (y yo) llevamos sin limpiarnos desde aquello, la miseria se acumula y el fregadero se desborda. También rebosa un poco la suciedad por algunas partes más. En la galería se multiplican las bolsas grises de basura y es ya nación cucaracha superpoblada. El desorden y la roña son los señores de la casa.

Hace ya quince días que me peleé con mis amigos durante su última burla. No les he vuelto a ver ni cojo el teléfono cuando me llaman, que es cada vez menos. La verdad es que me da igual, lo único quizá por Sara, que siempre ha sido excepcionalmente guapa y yo excepcionalmente iluso de pensar que alguna vez podría estar conmigo en vez de con todos esos idiotas que acaban machacándola, no hay más que verla cuando salíamos, siempre en su trono rodeada de machos compitiendo por su atención. Ay Sara, qué mediocre tú también ahora, nunca hubiera pensado que tus increíbles ojos, esos que cuando cruzabas con los míos los obligaban a ponerse de rodillas mirando al suelo, no son más que una broma pálida al lado de esa tarde de hace un mes.

Lo más fastidioso ahora es que la cabeza me suele doler con saña y mis ojeras ganan terreno, extendiendo sus sombras rostro abajo, de hecho me miro al espejo y veo que casi lo han conquistado del todo, supongo que ayuda el que cada vez mi gesto es más encogido y demacrado.

El otro día cogí el rotulador con el que anoto y repaso recuerdos cada día y me puse a garabatear en la pared, luego a escribir hasta dejar todo el salón y un trozo de pasillo tatuado con la misma frase.

Que la felicidad bien vale una cordura.

Yo no he hecho nada

Acacio no levantó la voz en su vida, no bebió una copa, no se metió en ninguna pelea, no se coló nunca en el cine, ni estuvo con ninguna mujer ni mangó nada en el Corte Inglés.

Ahora está ahí sentado en la acera, la espalda contra la pared, los brazos inertes como los de un pelele, los ojos bizcos y la lengua un poco de fuera. Encima de su cabeza monda ha crecido una flor que se levanta a la luz del sol sobre un puñado de tierra negra, que forma una montañita y corona a Acacio. Trozos de la maceta que le ha caído y reventado el cráneo están cerca de él.

También lo están dos tipos con los brazos en jarras y que le miran con una mezcla de pena y otra mitad diciendo que nunca tuvo remedio este Acacio. Mirados de cerca los dos hombres parecen compartir parentesco lejano y son de estampa recia, alta y erguida, con orgullo y espalda fuerte por la que cae en ambos una melena cuidada. Sin duda no hay rastro de parentesco ni parecido con Arcadio, sus pantalones crema y su fina corbata vieja.

—Vaya forma más estúpida de morir. —Dice el de la derecha mirando el gesto bobo de Arcadio, que caminaba ajeno a la maceta asesina e inmerso en su contabilidad, sus balances, sus pasivos y cuentas a cobrar.

—Vaya forma más estúpida de vivir diría yo —Y lo dice el de la izquierda, que ríe un poco por no hacer otra cosa— Bueno ¿te lo llevas o qué?

—¿Yo? —Se sorprende el hombre a la derecha— ¿Es una broma? No ha hecho ningún mérito para venir conmigo.

—Anda, eso tiene gracia, porque desde luego lo que no ha hecho nunca es ganarse un puesto con nosotros, además si tú estás aquí es porque te lo han mandado.

—¿Y tú? ¿No estás por el mismo motivo? Es la primera vez que me cruzo en este momento con alguno de vosotros.

El de la derecha miró de arriba a abajo al otro mientras decía la frase y ese otro negó con la cabeza y se quedó mirando a Arcadio.

—Bueno entonces que hacemos ¿lo tenemos que decidir nosotros?

—Eso parece.

Hubo un silencio incómodo.

—Es que este tío no ha hecho absolutamente nada malo, es más creo que no ha hecho nada absolutamente interesante, así que está claro que tiene que ir ahí arriba contigo.

De repente Arcadio, parado en seco en su cruce a la otra orilla de la vida, recuperó algo parecido a un poco de conciencia en su cuerpo y asistía mudo a la discusión, con su lengua de fuera y sus ojos aún bizcos que se giraban mirando un poco a uno y a otro mientras parecía oír lo que decían. Intentó terciar pero no le salió palabra, sólo estaba ahí atrapado en su cuerpo que parecía el de una marioneta rota, sin siquiera poder limpiarse de tierra y abono ni deshacerse del gladiolo que, yendo a lo suyo, se tenía bien tieso en la calva y estaba pensando echar unas pocas raíces ante la pasividad del momento y lo calentito que parecía ese nuevo sitio.

—No hacer nada malo —filosofó el de la derecha— no es lo mismo que hacer algo bueno, no tiene ningún derecho a venir.

El de la izquierda resopló y parecía tener menos paciencia sin duda.

—Desde luego lo que no tiene abajo es sitio. ¿Qué te cuesta llevártelo? Arriba no hay nadie y abajo no cabemos, son vuestras estúpidas reglas, deberíais haber pensado bien vuestra política, porque desde luego algo no está funcionando bien.

El de la derecha se quedó pensativo, acariciándose la barbilla con la mano y mirando a Arcadio, que le observaba con gafas y ojos torcidos de modo ridículo.

—Una vez cruzó un semáforo en rojo. —Dijo finalmente el diestro.

—Oh, por favor, ¿por qué no te vas a la mierda? —Contestó el siniestro.

—¿Es necesario que insultes?

—¿Y es necesario todo este rollo? No te puedes ni imaginar el estrés que llevamos y el trabajo que tengo, así que coge al tipejo este y lárgate a cantar unas alabanzas.

—No, ni de broma. A mí realmente me da igual pero si tienes alguna queja ya sabes dónde es y a quién tienes que dirigirla.

Los dos se quedaron observando a Arcadio y tras unos momentos el de la derecha se inclinó a limpiar la maceta y los restos de la cabeza de Arcadio, el de la izquierda le detuvo la mano antes de llegar y aquello no sentó nada bien y se quedó mirando de manera tensa su muñeca atrapada.

—¿No pensarás quitarle la flor esa de la cabeza? A ver si para algo gracioso que hay vas a venir tú a fastidiarlo.

Así que allí se quedaron los tres, Arcadio paralizado en medio de la nada y con apenas unas migajas de conciencia dentro de su cuerpo. Le pareció empezar a tener frío.

—Bien, esto es lo que haremos. —Dijo el de la izquierda descongelando aquel trance— Nuestro amigo Arcadio se va a levantar de aquí sin recordar nada y va a seguir con su vida, en cuanto haga algo digno de hacerle caer de un lado o de otro, a quien le toque vuelve a por él en ese momento.

El de la derecha escuchaba atentamente y luego se quedó callado. El de la izquierda sabía que estaba consultando el tema con su jefe.

—Bien, no es perfecto pero vale, Arcadio va a seguir viviendo hasta el instante en que haga algún mérito para bien o para mal. Me has sorprendido, no esperaba algo así de sabio por tu parte.

—No es mío, se hacía antes en el fútbol, se deja seguir jugando hasta que alguien meta el primer gol y la balanza cae de su lado.

—¿Ves fútbol?

—¿Tú no?

—No.

—¿Y qué ves?

—Nada.

—Tío.

—¿Qué?

—Das pena.

Arcadio tomó conciencia igual que saliendo de un sueño y con la cabeza como si se le hubieran soltado los anclajes del cerebro. Se arregló las gafas y se avergonzó de que un grupo de gente comenzara a arremolinarse preguntando si estaba bien y mirando hacia los balcones de arriba. Contestaba con balbuceos que no había pasado nada, alguien le limpió la flor y otro le dejó un pañuelo, mientras uno más allá profería gritos hacia una ventana e insultaba a alguien que al parecer amenazaba con arrojar otra maceta al vacío. Al final Arcadio apurado y tragándose el dolor sólo quería irse de allí cuanto antes, no recibir ni llamar la atención de nadie, sólo llegar a casa, gritar por el dolor del golpe y llorar un poco.

—Hey —Le dijo el de la derecha al de la izquierda.

—¿Qué?

—¿Aceptas apuestas de dónde va a acabar?

—Por supuesto que no, pero puedes decirme lo que piensas sin necesidad de apostar nada.

El de la izquierda resopló.

—Tío.

—¿Qué?

—Das pena, en serio.

Capítulo 9

New Chapter

—Esto no siempre ha sido así ¿sabes? Yo me he codeado con lo mejorcito, he trabajado en un montón de cosas, algunas muy importantes.

—Eso es justo lo que he “pensao” cuando te has puesto a rebuscar en el contenedor hace un rato.

—¿Qué pasa? ¿No me crees?

—Tranquilo hombre, claro que te creo ¿Por qué no iba a hacerlo? Aquí en la calle todos hemos sido alguien, en otra vida.

De su mochila sacó un gurrño de papel de colores y envuelta en él había media hamburguesa que mordisqueó y paladeó lentamente, cerrando los ojos y levantando la barbilla como si fuera caviar en un palacio de Viena. A su lado el otro tipo, el de la alta sociedad y los muchos trabajos, estaba sentado abrazándose las rodillas, con cara de estar visitando el pasado, probablemente y por enésima vez, los momentos en que se equivocó de cruce y la vida le trajo a aquel parque, a dormir sobre tierra húmeda, rebuscar en la basura y oler a vinagre, sudor y orina.

—¿Quieres un bocado? —Ofreció extendiendo el bocadillo por el que asomaba carne negruzca y lechuga pocha. El otro miró con aprensión y negó en silencio con la cabeza.

—No. Gracias.

Y el tipo de la hamburguesa siguió comiendo y por un momento incluso pareció sonreír. Al terminar su tarea caminó hasta una papelera y luego volvió para recostarse un poco en el césped del parque.

—Me gusta cuando llueve —dijo— purifica un poco la miseria que lleva pegada esta ciudad. Hay días en los que no se puede respirar. Quiero irme pronto, al campo ¿sabes? Siempre me ha gustado la vida más natural. Animales, tener una granja y esas cosas. Por cierto me llamo Luis.

—Miguel —estrechó el otro la mano que el recién comido le había extendido— ¿Estás de coña con lo de irte al campo?

—¿Estabas tú de coña antes?

—Yo no. Yo nunca había estado así de tirado, en serio, nunca me ha faltado trabajo, ni talento.

—Ya. Yo era obrero ¿y tú?

Miguel pensó, frunció el ceño y tras meditar la respuesta un rato contestó.

—Trabajaba en una funeraria.

Luis se quedó con los ojos muy abiertos, se pasó la mano por la barba que procuraba cuidarse cada semana y luego se quitó la gorra para rasarse la cabeza que le picaba por el pelo pegado y grasiento. Al terminar la faena se puso de nuevo su montera.

—¿Estás de coña? ¿En una funeraria? ¿Y así te codeabas con la gente guapa?

—Lo creas o no, sí. Tengas el dinero que tengas todos acaban pasando por ahí, yo he arreglado a personas muy importantes para su última aparición, no puedo entrar en detalles, porque entonces alguien que yo me sé me buscaría para cerrarme la boca, pero sí, no te puedes ni imaginar algunas cosas.

—¿Cómo qué?

Miguel sonrió por un sólo lado de los labios

—Como cuando tocaba fiesta.

—¿Fiesta? Tío, no jodas, no sé si quiero saber más.

Pero quería, todos querían cuando empezaba esa historia y Miguel acabó sonriendo del todo.

—A veces había fiestas importantes aquí y allí, y entonces nos llamaban, nosotros les proveíamos para esas ocasiones, yo me encargaba en persona de preparar invitados especiales —entrecomilló con los dedos— e incluso a veces de llevarlos en persona. No te imaginas las mansiones que gastan algunos.

—Tío, me estás acojonando.

Y Luis efectivamente estaba acojonado y se había echado para atrás apartándose un poco, había notado que el pulso se le aceleraba mientras el otro simplemente seguía con ese gesto de satisfacción que se te pone cuando tienes toda la atención de quien te rodea. Hubo un silencio sólo cómodo para Miguel, porque por una vez era él quien inspiraba respeto y temor en aquellas calles hostiles, donde siempre había sido el asustado y novato, al que se le notaba a la legua que aquel no era su territorio. Estaba haciendo callo y un día dominaría la situación, eso seguro, pensó Miguel.

—Lo que te imaginas —prosiguió— probablemente se queda corto. De todas formas eso no es nada comparado con mi último día de trabajo.

Luis estaba callado, expectante, todo él decía “no quiero oírlo pero no pares”.

—Sorpréndeme.

Miguel le miró y decidió sacar algo del asunto, si no eres capaz de ordeñar hasta las situaciones más jodidas no duras mucho entre los que duermen al raso en la ciudad, esa parecía la ley de la calle y mejor espabilarse pronto en el juego.

—La historia por la petaca. —Dijo Miguel.

—Eh tío, ¿de qué vas?

—La petaca, la petaca que guardas ahí, pero si te la veo asomar por la chaqueta.

Y Luis hizo ademán inútil de tapanla con una mano y se quedó mirándola con cara de duda.

—La mitad, compartiremos lo que hay. Es vodka del bueno.

—La mitad y los guantes.

—¿Para qué quieres los guantes? No hace frío apenas y vamos a la primavera.

—Venga va, no tengo todo el día.

Luis refunfuñó y se sacó unos guantes morados de un bolsillo y la petaca del otro, comenzó a desenroscarla y le pasó todo a Miguel. Éste cogió un vaso de plástico que tenía cerca y volcó la mitad de la botellita y un poco más ante la queja de Luis. Miguel le miró entrenando ojos duros y pensó que en poco tiempo la calle no sería tan mala. Devolvió el frasco y probó.

—Por Dios, ¿qué es esto? —Y encogió tanto los ojos, la nariz y la boca que parecía que iban a fundirse en una sola cosa.

—Vodka del bueno, ya te lo he dicho.

—Del bueno, yo sí que he probado...

—Vale, vale —le cortó Luis— no me cuentes tu vida, sólo tu último día de trabajo, ese es el trato.

Era la sala 31-911, a la que casi nadie accedía y que era la más antigua de la funeraria, estaba bien honda en las entrañas viejas del edificio, que había ido creciendo y reformándose desde que se inauguró hace casi ochenta y cinco años. En el corazón antiguo del sitio, varias escaleras hacia abajo, la 31-911 no se había tocado y la vejez se le notaba, las mesas de trabajo eran de azulejo, había cuencos grandes de metal con instrumentos dejados ahí asomando sus cuchillas, sus brocas, sus tenazas de cangrejo, sus trozos de algodón sucio. Mal ventilada mezclaba olores de muerte, polvo Paulex, desinfectante y constructor de tejido en un olor

dulzón que formaba una pegajosa nube de bochorno que se agarraba a cada centímetro de aquella habitación.

Allí se entraba poco, o más bien nada, porque para qué vas a meterte en esa sala tropical con mucha náusea y poca luz, tan poca que sólo se distinguían las mesas de trabajo bajo los focos y más allá no se sabía por la penumbra en la que se amontonaban siluetas de cajas y trastos que aparte de coger polvo y asustar un poco no sabías para que servían o lo que eran.

Así que la 31-911 era ideal.

En las dos mesas blancas descansaban dos cadáveres y entre ellos estaba de pie y pensativo el Doc. Nadie sabía su verdadero nombre, sólo que había sido médico, que era una chimenea fumando (guinda a la atmósfera agobiante de la sala) y que llevaba allí más que el edificio. Era una leyenda, nadie sabía más de muertos y muerte que el Doc. Allí estaba también el gerente de aquello, el señor Saboa, un gestor puro traído de fuera y que sabía de números, no de muertos. Su olfato para el negocio era indudable, se había comido para merendar tres pequeñas funerarias familiares esa semana y tenía sonrisa de lobo satisfecho. Allí estaba porque se olía en la sala algo más que la dulzona peste que siempre la impregnaba. Yo llegaba entonces con un tipo no muy alto, de enormes gafas con enormes cristales que le dibujaban unos enormes ojos tras el vidrio. Increíble porque más que lentes aquello parecían dos cilindros de cristal robados de algún telescopio. Miopía magna me saludó el tío cuando lo recogí y viendo (es un decir) la cara que puse y la pregunta que se dibujaba en mi cabeza. Me quedará totalmente ciego, sentenció en el asiento de copiloto de mi coche mientras lo llevaba a la funeraria. Yo no dije una palabra en todo el trayecto porque a mí esas cosas me daban mucho respeto y sí él quería hablar, pues bueno, pero yo no iba a preguntar nada tan íntimo.

El tío quería hablar. Me dijo que precisamente se ganaba la vida viendo, viendo para una compañía aérea, no me aclaró más, sólo que esa miopía le había comido la vista en apenas unos meses, que ya no servía y por tanto a la calle dentro de nada. Tuvo que vender su casa no hace mucho, lo hizo a ese escritor famoso que un día vi en la tele y me cayó como una patada en la entrepierna, ese de las novelas sangrientas, que se ha quedado parálítico en un accidente hace poco. Sí hombre ¿cómo se llamaba? Bueno es igual, nunca he sido un gran lector.

Estábamos ya viendo la estampa de la funeraria a las afueras, que es todo un monstruo de Frankenstein con un edificio central del siglo XIX y nuevas naves blancas y cuadradas alrededor, mal pegadas por la necesidad de expandirse. El tipo me dijo entonces que una pista de tenis que

construyó estaba maldita. A eso achacaba su enfermedad grave y lo que le había pasado al tío de los libros nada más comprar la casa.

Le tuve que guiar del brazo como a un abuelo y la verdad es que se notaba que el tío no veía ya, casi se me cae escaleras abajo un poco antes de llegar a la 31-911. En ella el Doc y el señor Saboa ya estaban esperando.

El tipo de las gafas les saludó y se puso a lo suyo, examinando los dos fallecidos allí, se ajustaba sus enormes anteojos y los miraba de arriba abajo muy atentamente, acercándose a veces hasta apenas unos milímetros, casi rozando la nariz con la piel pálida. Yo ni idea de qué iba todo aquello así que me quedé fuera de los focos, fundido casi con las sombras de la pared.

—No huelen. —Dijo el tío que los observaba de cerca.

—Están totalmente incorruptos. —Replicó el Doc y eso me hizo alzar una ceja— Este lo encontraron los bomberos en el baño, murió hace unas ocho semanas y está más fresco que nosotros. Este otro cayó de un piso quince y se reventó por dentro, al mismo tiempo aproximadamente que el primero.

—Sorprendente. —Dijo el tipo miope. Sentí cómo medio metido en la penumbra el señor Saboa se removía, impaciente por saber qué podría sacar de eso— Y ¿por qué sonrío el que voló los quince pisos?

—No hemos podido borrarle la sonrisa, no por el “rigor mortis” ni nada por el estilo, si toca comprobará que están perfectos. —El tipo de las gafas-prismático tocó con un dedo— Recupera ese gesto de sonrisa al poco de borrarle, una vez le cosí la boca por probar y nada más girarme los puntos cedieron.

—Bueno. —Interrumpió el señor Saboa con sus maneras de quien no tiene un segundo en la agenda— Al fin y al cabo el señor Salgado está aquí para decirnos qué ve, no qué huele, ni por qué sonrío nadie. ¿Cuál es su opinión?

El señor Salgado dejó de observar a los finados, y se paró un poco en cada uno de nosotros y en algún rincón de la habitación antes de contestar lentamente, con voz calmada como para asegurarse de que se ganaba el dinero diciendo algo que causara suficiente impresión de profesional.

—Si mis ojos aún ven algo, es que estos dos no están exactamente muertos, están muertos sí, pero no exactamente muertos.

A mí eso sí me sorprendió y no que uno de los tíos sonriera. Tenía las cejas tan estiradas que iban a tocar el techo.

—Bueno, coincide más o menos con lo que yo pensaba —Dijo el Doc— con estos dos tenemos bastantes más posibilidades que en los casos anteriores.

—Un momento, un momento —Interrumpí sin saber por qué y ganándome una mirada rara de todos, creo que ni siquiera eran conscientes de que estaba allí, de hecho y de reojo vi al señor Saboa mirándome fijamente y con dos relámpagos desde sus ojos a los míos, pero yo me dirigí directamente al Doc y al tipo de las lentes imposibles— ¿Cómo que no están exactamente muertos? ¿Qué significa eso? Alguien está muerto o no lo está. ¿Y posibilidad de qué? ¿De qué?

Me ignoraron, fui como un ruido de fondo que escuchas y desechas porque no era nada, así que los dos tipos miraron a Saboa y éste asintió diciendo que adelante. El Doc le comentó al casi ciego que si quería quedarse podía hacerlo, y accedió. Saboa me miró, me señaló y me sentenció: "tú arriba conmigo" lo que traducido para entendernos es "a la puta calle".

—Joder, tío. Qué cosa más rara. —Terció Luis que tenía la petaca sin tocar y la alargó a Miguel, que ya había vaciado su vaso y lo miraba con pena de que no hubiera más, se lo rellenó un poco aceptando la oferta.

—Ya ves. Y esa es la parte menos extraña.

Luis se quedó con cara de pasmo.

—¿En serio? Tío creo que te estás quedando conmigo.

—Ni se me ocurriría, lo siguiente lo tengo grabado pero a fuego. —Luis le rellenó un poco más el vaso y le invitó a beber y seguir.

El Doc se fue a una mesa de trabajo cercana donde tenía jeringuillas, botes y herramientas raras. El señor Saboa se vino a mí con cara de perro y diciéndome que fuéramos a su despacho a hablar. Me giro entonces a la puerta, maldiciendo mi suerte y mi boca, cuando entonces oigo a mi espalda algo parecido a chasquear los dedos. De repente allí hay un tío plantado con un móvil en la mano y todos nos quedamos mirando como si se hubiera aparecido la virgen, porque te juro por lo que quieras que el tío salió de la nada. Al Doc que se le cae el cigarro de la boca y se queda como un tonto congelado, pero ya no por el tío ese del móvil, sino porque levanta un dedo y señala a otro lado donde hay otro sujeto, vestido de negro y mascando chicle. Ni te imaginas.

—Tío...

—Hey, no me hagas perder el hilo.

Los dos aparecidos se miran de pies a cabeza y el del chicle sonrío.

—No me esperaba que precisamente tú fueras a aparecer. —Le dice al del móvil.

—Es obvio que no vamos a permitir esto, en el momento en que alguien consiga resucitar, se acabó todo esto.

—Madre mía —Replica el que va de negro mientras todos estábamos como helados cuando hablaban, sin poder terciar ni movernos— Si te han mandado a hacer este trabajo sucio es que de verdad la debiste cagar con tu numerito de la chica aquella. ¿Es que no aprendiste la primera vez?

—Métete conmigo lo que quieras, eso me da igual —El tipo se guardó el móvil y se empezó a poner unos guantes. El resto de la habitación y lo que había en ella seguíamos ejerciendo de museo de cera— Qué haces tú aquí es algo que me intriga más.

Se acabó de acomodar los guantes y se quedó con los brazos en jarras y escrutando con un ojo a medio cerrar al que iba de luto, como si quisiera ver más allá de lo que el otro le decía.

—Lo creas o no —Le dijo al final tras hacer una bomba de chicle— Estoy aquí por lo mismo que tú, ya tenemos bastante con el inmortal Arcadio, que va a cumplir doscientos años, como para que más imbéciles se pongan a jugar con el curso natural de las cosas. Pero ahora que veo que estás aquí, yo me retiro y te dejo hacer. —Dijo inclinándose con una reverencia— Sólo espero que esta vez hagas honor a vuestra legendaria discreción y no conviertas esto en fuegos artificiales.

El hombre de negro hizo otra reverencia teatral y el del móvil apretó los labios para luego soltar entre dientes un "nadie se enterará de esto". Se fue primero a por el Doc.

Miguel dejó de narrar la historia y le dio un buen trago al vaso para luego poner cara de puñetazo en el estómago y resoplar con los ojos cerrados.

—¿Te queda bebida?

—Sí, joder, pero dime como acabó, ¿qué hizo el tío ese?

—No tengo la menor idea. —Contestó Miguel tras unos segundos.

— Oh venga ya! ¿Como es posible?

Miguel sonrió y miró a lo lejos. Otro trago largo.

—Pues porque de repente me desperté en medio de un descampado, siendo noche cerrada, me incorporo pensando si todo ha sido un sueño y entonces veo a mi lado al tío de negro, que me mira serio y me dice que me he librado por los pelos, que me ha sacado de allí sin que me viera nadie y que le debo un favor. Que recuerde todo lo que he visto y te he contado porque un día va a volver a cobrarse la deuda y necesitará que vuelva a relatar todo esto.

—Tío. No entiendo nada.

—Bienvenido al club entonces.

Los dos se miraron, alzando los hombros uno e incrédulo el otro.

—Acábate la bebida si quieres.

Luis se tumbó en el césped mientras Miguel se abrazó las rodillas y comenzó a moverse levemente hacia atrás y hacia adelante. Se encogió escondiendo la cara y al final dijo con voz apagada.

—¿Y tú?

—¿Yo qué? —Contestó Luis mirando al cielo con las manos cruzadas tras de la cabeza.

—¿Por qué estas aquí? —Luis dudó un momento, pareció ir a contestar algo pero se quedó a medio camino— ¿No me lo vas a contar? Tío yo no le había dicho esto a nadie para que no me tomaran por loco, y aún así te lo he contado.

—Lo mío es por insomnio. —Dijo Luis antes de que Miguel acabara de insistir— Hubo una época en la que no pude pegar ojo durante dos meses.

—¿Dos meses? Vaya. ¿Y cuál era la causa?

—Mi pared me hablaba. —Respondió casualmente Luis.

—Tu pared te hablaba. Genial. ¿Y qué decía si se puede saber?

—Que necesitaba una mano de pintura. Le dí como quince capas, así que cuando se le acabó esa excusa empezó a decir otras cosas peores. Ella no se callaba y yo no podía pegar ojo, así que fue cuestión de tiempo que perdí el trabajo porque estaba hecho un desastre y empecé a beber para intentar no escuchar. A partir de ahí mi historia se convierte en casi igual que las de todos por aquí.

—¿Y no podías cambiarte de habitación? ¿O de casa?

—Lo hice. Varias veces. En todas me hablaba la pared y me decía lo mismo. Que necesitaba otra mano de pintura, y si se la daba decía cosas mucho peores.

Luis resopló y finalmente se calló. Miguel sacudió la cabeza y puso cara de no tragar.

—¿Y aún oyes eso?

—A ver, ¿tú ves alguna pared por aquí? Pues eso. Duermo como un tronco ahora.

—Me alegro tío, me alegro.

Miguel se quedó mirando un rato al parque, catando el licor barnizado de su vaso con sorbos pequeños. Cuando no se tiene nada más hay que ver lo que saboreas cualquier cosa pensó. Había más como ellos por allí, aquella zona era como una especie de camping de deshauciados y todos prácticamente arrastraban los pies como zombis y se agarraban para no

caer a alguna botella o cartón de vino rellenos. Uno de ellos, con una frondosa mata de pelo que le crecía escandalosamente hacia todos lados, pasó no muy lejos y sonreía, miraba al suelo y sonreía, observaba a todo su alrededor, o a lo que fuera, y sonreía. Miguel seguía la trayectoria del embobado risueño sin renunciar a algún otro pequeño sorbo de veneno. Luis se incorporó un poco para verle pasar también.

—¿Quién es? —Le preguntó Miguel señalando con la cabeza al del pelo de león, que también les miraba y con cara de maravilla levantó el brazo para saludarles. Ambos contestaron por inercia alzando una mano. Luego simplemente siguió su camino el tipo abriendo los brazos a veces como si quisiera abrazar todo lo que le rodeaba.

—Es el risitas tío. No está muy bien de la cabeza.

—No hace falta que jures eso.

El risitas se perdió tras unos árboles no sin antes rozarlos y sonreír, abrazarlos y sonreír.

—Es totalmente inofensivo, no te preocupes —terció Luis— El Tino, que es un colega al que ya conocerás, me contó que vio al risitas salir una vez de un portal, hecho un adefesio y con los brazos abiertos, con ese mismo gesto que le has visto y diciendo a quien le oyera que había encontrado la felicidad, se acercaba a la gente y se les decía todo emocionado, "he encontrado la felicidad" —gesticulaba Luis— "en serio, sé cuál es la clave, he encontrado la felicidad", insistía cuando le ponían cara rara. Pero claro, la gente salía echando leches, y no sólo por que parecía un loco sarnoso sino también porque una enorme legión de cucarachas le seguía como si fuera el tipo ese del cuento que hipnotiza a unos niños.

—El flautista de Hamelin.

—Ese mismo. Pues se ve que los bichos, que debía haber cientos, iban detrás en procesión y él se subió a un banco y se puso allí a gritar y predicar que había encontrado la clave, con todos los bichos rodeándole obedientes.

—Joder, ¿estás de broma?

—Nada de eso, el Tino estaba allí y lo vio todo y si el Tino lo dice, la cosa va a misa. Por estas. —Y Luis se besó dos dedos jurando— Al final vino la policía.

—Je, mal final entonces.

—Imagínate. Al parecer le gritaron desde lejos que se bajara y se callara, pero el tío seguía a la suya, los policías se acercaron un poco y él solo les decía lo mismo, todo ilusionado con el temita de que era un tío feliz y sabía el secreto. Que quería compartirlo con ellos, con todo el mundo. El caso es que uno de los polis se hartó y haciendo crujir cucarachas fue

hacia él en dos pasos y le abrió la cabeza a golpes de megáfono. Se ve que estaba enchufado y Tino decía que los golpes retumbaban a dos calles. Su congregación de bichos se dispersó como un relámpago y se ve que le quedó tan machacada la cabeza que ahora no puede hablar. De vez en cuando le damos algo de comer entre todos. Aunque no lo parezca da buen rollo cuando lo tienes al lado, está loco, pero te juro que pienso que de verdad es feliz.

—Tío. Esa historia no hay quien se la crea. —Replicó Miguel. Luis le miró con ojos pasmados.

—¿Me estás vacilando? ¿Después de lo que me has contado me vienes con que no hay quien se crea esto?

Miguel se quedó pensando y miró el fondo del vaso agitándolo un poco.

—Toma. —Extendió la bebida— Acaba esto.

Capítulo 10

Otra mano de pintura (historia desordenada)

Los escasos días de vacaciones se los estaba engullendo la tarea gris de ordenar la casa. La habitación de Luis se abalanzaba sobre él llena de trastos, libros y recuerdos cada vez que entraba en ella. Sin plan ni amigos para los días de descanso, decidió que era hora de emprender una de esas tareas que siempre se retrasan en nombre de cualquier excusa.

Como un campo de batalla, en la penumbra de la persiana bajada para detener al sol de agosto, montañas de libros y papel, bolsas de basura a medio llenar, la cama movida, la escoba cruzada en el marco de la puerta y Luis en el centro del caos, sudoroso en el calor del final del verano, levantando polvo y viejas memorias mientras se arrepentía cada segundo de haber emprendido una tarea que ya no tenía retorno. Cogió un libro, su vieja edición de la Divina Comedia vestida de cuero y letras de oro en el lomo, cuando se dio cuenta extrañado de que entre las páginas vivía algo más que los grabados de Doré.

Luis extrajo un papel doblado cuya punta asomaba. Se sentó en la cama, dejó el libro a su lado y desdobló con cuidado el papel para ver que era una carta manuscrita con la inconfundible letra de Laura. Un día fue la persona que más quiso, y gracias a esa carta, los recuerdos de aquellos tiempos acudieron como un torrente a recrearse confusos en la cabeza de Luis.

Su pelo castaño y sus ojos grises de luna flotaban sobre las noches de playa y veranos pasados. Laura eran cafés interminables, conciertos hasta la madrugada y tiempos sin preocupación, un mundo lejano y ajeno a pesar de no separarlo del actual más que unos pocos años. Ahora las noches las pasaba en soledad, el eco de la música y el sabor de la bebida se habían olvidado y Luis no albergaba muchas esperanzas de recrearlos de nuevo.

Comenzó a leer la carta, manuscrita con trazo cuidado y claro, que recordaban los primeros tiempos de una niña embelesada.

“Gracias por tu última carta –comenzaron a musitar en voz baja los labios de Luis, costumbre doña Natalia no pudo borrar de ellos en la escuela— gracias de verdad, porque me sirve para ese maravilloso aprendizaje que estoy teniendo a tu lado. Me has descubierto tantas cosas que desconocía... y entre ellas a mí misma, una chica que empieza a luchar contra todo para encontrar su sitio poco a poco. Tú has estado a mí lado en los momentos difíciles, me has animado en las sombras más duras de mi depresión y sólo espero que nuestro amor crezca más y más...”

Luis paró de leer sin querer recordar más, sus labios estaban silenciosos y quietos, mientras miraba absorto la pared blanca frente a él, desnuda del póster de Casablanca y la bufanda de su equipo de fútbol. Iba a ser vestida con otra capa de pintura en cuanto pudiera. Se levantó de la cama, que emitió un gruñido quejicoso, y se acercó lentamente a la pared, pasó su mano acariciando la blanca pintura con suavidad y no pudo evitar recordar lo duro que había sido lo de Laura, lo difícil que fue romper con ella, los llantos, las noches en vela, los ruegos y las discusiones.

Qué duro fue todo, especialmente los gritos, la sangre, la persecución por todo el piso, las múltiples cuchilladas, lo difícil que resultó matarla, sus arañazos desesperados mientras él con furia le sujetaba el cuello con una mano y le hundía el cuchillo con la otra, de manera frenética, con los dientes apretados y los ojos muy abiertos, fijos en los de ella.

Qué duro fue levantar ese tabique de nuevo, con Laura emparedada dentro de él, con su perenne sonrisa cambiada por una macabra mueca en los labios, cortados también en el delirio de la lucha y las puñaladas. A sus preciosos ojos los enmarcaba el sucio contorno del rimel desecho por las lágrimas, cayendo por sus mejillas como pequeños y negros ríos.

Luis dejó de acariciar la pared, se alejó un poco y con los brazos en jarras la observó toda, de una punta a otra.

Hasta hora no lo había pensado, pero algo le decía que realmente necesitaba otra capa de pintura.

Este viaje ha terminado, recuerda que si tienes algo que decir al conductor, no tienes más escribirme a jannes@europe.com



www.feedbooks.com
Food for the mind